

Enrique Noriega y la tradición rebelde

Por Luis ACEITUNO*

I

CUENTA LA LEYENDA que el torturador de Otto René Castillo (1936-1967) relataba de cantina en cantina, con tono sádico y ufano, cómo le había destrozado a golpes el rostro al poeta, mientras le recitaba uno a uno los versos de *Vámonos patria a caminar* (1967). La imagen, en toda su crudeza, no deja de ser reveladora de la conflictiva relación que a lo largo de los siglos Guatemala ha sostenido con la poesía y con la gente dedicada a su creación.

Desde Rafael Landívar la historia de la poesía nacional ha sido una historia de exilio, de marginación, de persecución, de sobrevivencia, de silencio. La Colonia vio en ella una herramienta didáctica para la cristianización y el sometimiento de pueblos originarios; sin embargo, a pesar de la férrea represión, no pudo evitar que la poesía también se convirtiera en una vía de desahogo de la opresión de todo tipo, de disidentes, de marginales, de gente de mal vivir. Vehículo a través del cual se liberaban los deseos, las angustias, las blasfemias, las necesidades del cuerpo, las rebeliones personales y políticas.

José Batres Montúfar (1809-1844), el escritor que inventó nuestra modernidad literaria, recuperó todo lo que la poesía contenía de rebelde y, a través de la sátira y de un negro y devastador sentido del humor, desmontó los frágiles y podridos mecanismos en los que se sostenía la sociedad bien pensante del siglo XIX. Una sociedad que detrás de una estrecha moral de sacristía escondía la explotación, el racismo, la hipocresía, la mentira en suma.

Digo que José Batres Montúfar es el escritor que inventó nuestra modernidad porque a mi parecer fue el primero que descubrió que detrás de toda crisis social, política y moral, hay en principio una crisis de lenguaje, de degradación de la palabra. Para él la poesía, la verdadera, estaba llamada a denunciar ese lenguaje perverso, una de las peores herencias del colonialismo, que había justificado y

* Escritor y periodista; e-mail: <laceutuno@elperiodico.com.gt>.

perpetuado todo tipo de iniquidades y, así, devolverle a la palabra su función vital y liberadora. Posiblemente por esa función liberadora de la palabra Jorge Ubico despreciaba con saña a los poetas. Los despreciaba pero les temía, los consideraba uno de los mayores peligros para su dictadura junto con los ladrones y los comunistas.

A final de cuentas toda dictadura se apoya en la mentira. Y la mentira, como nos lo enseñó Pepe Batres, es una cuestión de lenguaje. Discreto admirador del fascismo como mecanismo de poder, Jorge Ubico comprendió mucho antes que nadie la función falsificadora del lenguaje de los *mass media*. Durante sus catorce años de gobierno (1931-1944) mantuvo a un periodista encargado de registrar y magnificar sus actos. Además, con el objetivo de documentar desfiles militares, giras presidenciales, celebraciones en su honor y, en fin, todo acto público dirigido a glorificar su imagen, implementó la primera productora cinematográfica que existió en Guatemala. Uno se pregunta, entonces, ¿qué tipo de amenaza intuía detrás de la poesía? ¿Qué tipo de verdad oculta? ¿Creía verdaderamente que un poeta podía poner en peligro la estructura de su régimen?

Esa verdad oculta que Ubico intuía en la poesía fue la que la convirtió en proscrita durante las dictaduras militares que sucedieron a la intervención y al golpe de Estado de 1954. Por eso quemaron libros, por eso le sacaron los ojos y le hicieron pagar con tortura los versos escritos a Otto René Castillo, por eso secuestraron también a Roberto Obregón, a Luis de Lión, a Alaíde Foppa.

II

NACIDO en 1949, en pleno desarrollo de la Revolución de Octubre, Enrique Noriega hace parte de la llamada Generación del Setenta. Se trata de un grupo de escritores de diferentes edades, orígenes y formaciones cuyo principal lazo en común es la vivencia de los escombros que provocó la Contrarrevolución y las subsiguientes dictaduras militares. Se les califica habitualmente como irreverentes, desacralizadores y rupturistas, actitudes éstas que les confieren una especie de carta de ciudadanía en el accidentado panorama literario de principios de esa década y que, a la vez, los acerca irremediabilmente a una nueva estética y a una nueva sensibilidad surgidas al calor de los acontecimientos ocurridos en el mundo durante el año de 1968. Es decir, canción protesta, música *rock*, arte pop, poesía *beat*, *boom* latinoamericano, cine de culto, Con-

cilio Vaticano II, apogeo de la Guerra Fría, luchas guerrilleras en el Tercer Mundo, manifestaciones masivas que entre la algarabía y la tragedia deambulaban por los derechos civiles, de la mujer y de las minorías sexuales.

Esa generación ha sufrido en carne propia el descalabro de todas las instituciones nacionales y ha deambulado entre las ruinas de todos los proyectos de modernización, económicos, políticos y sociales. Esa generación, luego de un intento fallido de normalización democrática, por esos años nuevamente se enfrenta a la férrea dictadura militar del general Carlos Arana Osorio (1970-1974) y al desencanto social provocado por el fracaso de las experiencias guerrilleras de los años sesenta.

La Guatemala de los primeros años setenta vive en un perenne estado de excepción, con toques de queda, allanamientos, persecuciones, redadas, encarcelamientos y torturas por delitos que bien pueden estar relacionados con la militancia en la oposición política y con tímidos y hasta ingenuos actos de rebeldía como llevar el pelo largo, cantar canciones en inglés o vestir minifalda. Se trata de una Guatemala corroída por la retórica oficial, la falta de libertad de expresión y el lenguaje castrense, degradado, groseramente falócrata.

Es ahí donde la literatura de esta generación va a encontrar su principal campo de batalla. Si el abandono y hasta el rechazo de una poesía cívica y de agitación política cercana al panfleto que definió la producción lírica nacional durante los años sesenta hace que se haya calificado también a esta generación como *intimista*, *individualista* y *autoconfesional* (casi apolítica, en resumen), se olvida que, en su acercamiento al lenguaje, hubo una posición absolutamente transgresora y desafiante de las convenciones sociales impuestas por las dictaduras y el compadrazgo que éstas mantuvieron con la Iglesia católica hasta los años setenta.

Hay una aportación fundamental de la Generación del Setenta y ésta fue la creación, dentro de un clima altamente represivo, de tribunas y espacios de discusión sobre la función social y estética de la literatura. Los temas que se plantearon desde revistas como la universitaria *Alero*, suplementos culturales en diferentes diarios de la época, congresos, asociaciones y talleres literarios y hasta en improvisadas discusiones en casas particulares, han sido definitivos hasta nuestros días en la redefinición de lo que concebimos como cultura nacional.

Al calor de esas discusiones —no exentas de apasionamiento y hasta de cierta agresividad— surgen *Poemas de la izquierda erótica* (1973) de Ana María Rodas, y *Oh banalidad* (1975) de Enrique Noriega dos libros que se convierten en manifiesto de las preocupaciones existenciales, estéticas, lingüísticas y sociales que mueven a los poetas de esa generación. Si en algo coinciden ambos libros es en el abandono de cualquier tipo de retórica, de manipulación o de “apalabramiento” de la realidad. A través de un estilo casi minimalista, que privilegia el término seco, libre de todo artificio, surge una voz que pone al desnudo la condición humana dentro de un país y unas circunstancias que asfixian y castran todo intento de independencia y rebelión. Es el resurgimiento de la palabra en toda su crudeza lo que desconcierta, asusta, agrede, escandaliza, mucho más allá del fuerte contenido sexual de ambos poemarios. Son libros proscritos y desubicados en su propia época porque “se toman demasiadas libertades” y gritan su malestar contra la realidad establecida al interior de una sociedad demasiado acomodada al silencio. Es esto lo que les confiere su fuerza y lo que los hace trascender sus propias limitaciones. Publicados en ediciones mínimas, sin muchos recursos de distribución —y casi desaparecidos del panorama durante los años más crudos de la guerra interna— sus versos sobreviven de boca en boca, en infames fotocopias que pasan de mano en mano y hasta como consignas en manifestaciones, e influyen, sin proponérselo, en mucha de la producción poética que viene después.

III

ENRIQUE NORIEGA sufre su primer destierro a los cinco años. Su padre, Augusto Enrique Noriega (1925-2001), poeta perteneciente —junto a Otto Raúl González, Tito Monterroso y Carlos Illescas— a la Generación del Cuarenta, antiguo secretario de Miguel Ángel Asturias y fuertemente ligado al proceso revolucionario surgido en 1944, se ve obligado a abandonar el país por la intervención estadounidense y la llegada de Castillo Armas al poder en 1954. Su familia lo alcanza en México y el Enrique infante (o cachorro, a la manera de Dylan Thomas) se convierte en testigo silencioso de las glorias y las miserias del exilio guatemalteco de ese año. Hay mucho desaliento, mucha desesperación, pero también mucha literatura. A su corta edad ve pasar a su alrededor gente que lee poe-

mas o encendidas proclamas revolucionarias o que discute hasta la madrugada sobre temas imposibles. Es un niño retraído y asustado por las circunstancias, pero las palabras ejercen en él una particular fascinación y lo van ayudando a construir su propio exilio.

La situación se repite varias veces durante su infancia y adolescencia. Cada vez que en Guatemala se inaugura una nueva ola de persecución política, su padre se ve obligado a salir corriendo y Enrique lo acompaña en estos viajes que tienen mucho de aventura hacia lo desconocido. Tan recurrente se vuelve el asunto que Enrique llegó a cantar el himno de Guatemala con la letra del himno mexicano, o al revés. Cada huida produce desasosiego pero también el asombro por las cosas nuevas, por ese mundo que parece vivir al contrario de la normalidad y para el que la poesía “la palabra” es fundamental para la comprensión y la transformación de la realidad. Es así que Enrique Noriega hace varios descubrimientos que lo ayudan a sobrevivir en condiciones extremas y que lo marcarán profundamente: la lectura, la disidencia y una rebeldía que no se traduce en el alarde o el escándalo sino en la resistencia.

La última vez que le tocó el exilio, Enrique se refugió en la semioscuridad de una habitación y leyó y leyó hasta decidir que eso era lo único que le interesaba hacer en la vida.

Luego vienen los encuentros definitivos. El primero ocurre en una destartalada camioneta urbana que hacía la ruta entre la Universidad de San Carlos y el centro de la ciudad. Un tipo alto, flaco y desgarrado se le acercó y le preguntó qué estaba leyendo. Era Luis Eduardo Rivera y de ahí surge una de las asociaciones clave para conformar lo que más tarde se conocerá como Generación del Setenta. Los dos poetas casi adolescentes se acercaron a la redacción de la revista *Alero*, publicación universitaria que desde sus primeros números se empeñaba en crear nuevos referentes de discusión y crítica para entender los conflictivos procesos por los que atravesaba Guatemala y el mundo. Ahí conocerán al pintor Arnoldo Ramírez Amaya, al ensayista y poeta José Mejía y al escritor Marco Antonio Flores, editor en jefe de la publicación, quien, aprovechando las experiencias vividas en un reciente exilio en la capital mexicana, intenta estructurar los primeros talleres de escritura creativa que existieron en el país.

El magisterio de Flores, a través de los talleres y de las discusiones que se organizan en la redacción de la revista, en bares y cafés de la ciudad y en casa de Ana María Rodas —cuyos primeros poemas aparecieron en las separatas de *Alero*, dedicadas a la

creación literaria— serán fundamentales en la formación de ambos poetas, como ellos mismos reconocen.

Noriega, por su parte, mantuvo también una relación muy cercana con el poeta Roberto Obregón con el que profundizó su conocimiento de la tradición poética rusa, que, junto con la tradición china, ha sido uno de los grandes referentes de su obra.

A mediados de la década de los setenta Enrique Noriega viaja por temporadas a la Ciudad de México en donde estudia letras en la UNAM y recibe la beca de la Comunidad Latinoamericana de Escritores. Ahí entabla relación, entre otros, con Carlos Illescas, Otto Raúl González y Raúl Leiva, poetas guatemaltecos en el exilio, y también con los que conformaban el grupo Hora Cero (antecesor de los Infrarrealistas de Roberto Bolaño y Mario Santiago), en especial con el peruano Elqui Burgos. Junto con ellos se introduce de lleno en la poesía *beat* y la antipoesía de Nicanor Parra.

Mientras tanto escribe, reescribe y depura los poemas que conformarán su primer libro, *Oh banalidad*, que en 1974 obtiene el segundo lugar en el Certamen Permanente 15 de Septiembre, organizado por la entonces Dirección General de Bellas Artes, en Guatemala. Siendo éste un premio oficial, el poemario provoca un profundo rechazo en las autoridades educativas y culturales, quienes retardan su publicación por un año. No lo consideran ni política ni estéticamente correcto; más bien todo lo contrario, un libro que va directo a corromper las costumbres de la juventud estudiosa de Guatemala, que llama a la insurrección, no sólo política sino sexual, y que ataca los sacrosantos valores en los que se parapeta la dictadura militar: Dios, Patria y Familia.

Visto con los años y ya lejos del contexto en el que fue publicado, *Oh banalidad* sorprende por la madurez de su estilo y su forma. Detrás de esos textos aparentemente inmediatos y desordenados, se presiente un poeta que ha sabido cultivar su oficio a fuerza de lecturas, indagaciones y profundas reflexiones sobre la función de la literatura. Son textos estructurados con la sabiduría y la paciencia del artesano en donde cada palabra, cada espacio, cada sonido, cada silencio, ha sido colocado cuidadosamente en el lugar que le corresponde. Hay una actitud de ruptura que es evidente, por supuesto, una actitud de provocación, de remover mitos y creencias; pero a la vez existe en *Oh banalidad* una gran delicadeza, casi heredada de la poesía china, un fino sentido del ritmo y la cadencia, de la sonoridad de la palabra.

Nótese en el siguiente poema:

en qué instante de esta fusión luminosa
tuve conciencia de mí
roble era, piedra era
qué fui
de qué inorgánica oscuridad vine a esto
si agua era, si por paso de flor anduve
qué soy, qué seré, cuando acaso otra vez
oh natura oh dioses, me olvide de mí
(*Oh banalidad*).

De la intensa experiencia mexicana, Noriega aún extrae otro libro, *Post actus*, publicado en 1982 ya desde Ediciones del Cadejo fundada por él, en donde elabora las premisas estilísticas planteadas en *Oh banalidad*. Un libro menos preocupado por escandalizar y más por buscar las inmensas posibilidades de la palabra escrita. El tono burlón de sus primeros textos cambia hacia uno más sereno e introspectivo, en donde la fuerza de la observación y la reflexión empieza a marcar el rumbo que tomarán sus siguientes trabajos. Es un libro que cierra una etapa, pero también constituye una transición hacia la madurez literaria. Noriega lo hace patente en textos como el siguiente:

“Poeta”

Salta cuerda
de recuerdo en recuerdo
suspira adolorido
matándose
algo en el pecho
suena su violín
derruido
o florece
su rosa
marchita
grita
en la soledad
se hermana
como garrapata
habla tonterías
en bares cafés
y entrevistas

y es
como si siempre
viviera y feneciera
en lo profundo
del azogue
réquiem por él
(*Post actus*).

A finales de los años setenta Enrique Noriega vive también inmerso en un intenso proceso de agitación cultural; anima talleres de creación en centros de cultura alternativa, como el legendario La Galera; organiza lecturas y publicaciones marginales, casi clandestinas; funda Ediciones del Cadejo, que desde hace treinta años ha venido publicando una serie de libros indispensables, con exquisito gusto; ayuda a sus amigos perseguidos por la represión, mira cómo se marchan uno a uno o cómo caen víctimas del alcohol o de las balas. Él se refugia en la escritura y la lectura, hasta que a principios de los ochenta opta por la discreción y el silencio. Por un exilio interior y doméstico.

Para sobrevivir acepta un trabajo en Guatemala que en un principio le parece infame, pero que resulta clave en su formación de escritor y en toda su producción posterior: empadronador y cartógrafo de la Dirección General de Estadística, oficio extravagante, absolutamente kafkiano, tomando en cuenta que Kafka era agrimensor. Como tal tiene que desplazarse por todo el país en plena guerra interna. Su labor es accidentada y peligrosa pero le permite conocer su país a fondo y, sobre todo, relacionarse de una forma directa con la gente, la mayoría de la cual vive en condiciones precarias, miserables.

En pláticas personales Enrique Noriega es capaz, hasta la fecha, de reproducir fielmente los diálogos que sostuvo con pobladores de diferentes latitudes del país, las historias que le contaban, aquello que les dolía o aquello que, a pesar de todo, los maravillaba. Descubre así el habla de los oprimidos, de aquellos que, como dice Carlos Martínez Rivas, “nunca perdieron nada, porque nunca tuvieron nada”.

Estas experiencias, más el autoexilio, la soledad que van dejando los amigos que se marchan, las pequeñas y grandes tragedias de la vida cotidiana y conyugal, lo hacen sumergirse en un replanteamiento de todo lo que ha sido hasta esa fecha, de su vida personal y de su oficio de poeta. Una crisis personal que recordará más tarde en uno de los poemas de *Épica del ocio* (2007):

“Tiré la toalla”

No tenía otra opción
más que la de golpear
con mis puños las paredes
y eso hacía
Las costras no sanaban

Cuando uno tiene un sueño
y se cumple
es una dicha

Pero lo que yo pedía
no era un sueño

Le daba duro a las paredes

Corría hacia las paredes
y les daba duro

¿Adivina por qué?

Sencillamente
porque las paredes
no me huían

Las paredes
no huyen de los locos

Y yo estaba loco

A donde fuera

A donde me llevaran
habían paredes

Cero inquietudes

Yo estaba loco
si hubiera estado cuerdo

Ahora no escribiría

No amara

No fuera lo que soy

Habría sido un señorito
con una corbata
en la oficina
Un soñador

O estaría
(es lo más seguro)

con un teléfono
en la mano

amparándome
en Dios.

O en este otro

“Suenan las campanas”

Padezco el azote de la inmadurez
Es un catarrito que no cede
A veces me identifico con el púgil
Que está siendo vapuleado de esquina a esquina
Siento que me han deshecho la cara y las costillas
Que mi cerebro es una masa batueada por
diez mil licuadoras
Que mi cuerpo se mueve porque sí
En rebelión
contra su Gran Rector del universo
¿Dar? Uno cree que dio
Uno recibe Ya sólo sé recibir
*por qué no dejas de comprar en el supermercado
allí pagas iva
usa la cabeza muchacho usa la cabeza
y oye
qué tal si les vas creando
hábitos prácticos
a tus hijas además
uno no puede derrochar su dinero en cosas superfluas
es diez veces preferible que te embarques
con casa a 20 años plazo
a que sigas pagando alquiler
pero escúchame para qué tantos libros*

cómprate pantalones
y
y
Sigues allí *round* tras *round*
Diciendo que sí
Que efectivamente
Todos vosotros tenéis el hocico
Lleno de sabias razones
pero tampoco es para que lo tomes así
muchacho
Sí sí sí sísí SíSíSí
Yo (tú) soy (eres) muchacho
A-ningún-gerente-de-la-Esso
Lo-llaman-muchacho
Ni quien se atreva a recetarle
Consejos

Suena la campana
y
Abre bien los ojos *muchacho*
Que peleabas contra tu sombra
(*La pasión según Judas*, 1990).

La pasión según Judas es el resultado de la crisis interior vivida por Noriega durante los aciagos años ochenta. Un libro que abofetea en su crudeza, en su desesperación, en la asfixia que produce un país en estado de guerra. Sin abandonar el tono lúdico, desenfadado, provocador de sus anteriores trabajos, este poemario “que ganó en 1989 el Premio único de poesía en el Certamen Permanente 15 de Septiembre, del Ministerio de Cultura y Deportes, y que sería publicado un año después por la reputada casa Monte Ávila Editores de Venezuela, en su colección *Altazor*” es una reflexión, a ratos descarnada, sobre la llegada de la madurez y sobre la situación de vivir en un país en donde la poesía ha sido relegada totalmente del panorama social a favor de la propaganda, la mercancía, el fundamentalismo religioso y las creencias de supermercado. Es un libro anunciador de la decadencia y la futilidad que se avecina, pero que nos muestra a un poeta dueño de su oficio y de su forma, que a pesar de todas las calamidades apuesta por la palabra escrita y la ve como la única que puede salvarnos del abismo al que nos acercamos:

“Estercolero de sedas”

Poesía que se refugia
En lo que nos llaga el recuerdo

Poesía perro sarnoso ferocidad
Desamparados en la cegante
claridad del trópico
A las buenas maneras a los altos ideales
Y a Dios eternamente agradecidos
Poesía evangelio de Judas
(*La pasión según Judas*).

A principios de los noventa, con el respiro que produce de alguna manera el regreso a la democracia formal, Enrique Noriega vuelve a la agitación cultural, esta vez con proyectos más estructurados. El primero de ellos será la recuperación de aquella poesía sofocada durante los años más cruentos del enfrentamiento armado y que presenta como una colección de once poemarios en los que aplica todos los conocimientos que ha adquirido como editor de libros artesanales. Cada uno de los volúmenes funciona casi como un libro-objeto.

Otro proyecto definitivo será el de *Voz viva*, una serie de grabaciones que documenta buena parte de la literatura producida en Guatemala durante el siglo xx, leída por sus propios autores. Me atrevo a decir que es una de las empresas de recuperación histórica más importantes de los últimos años y que merecería reediciones y una circulación más amplia que la que obtuvo en su momento.

Retoma, además, la experiencia de los talleres literarios que había quedado trunca desde finales de los setenta, y arma una estructura que permite llevarlos a diferentes regiones del país, lo que colaboró en mucho a provocar ese renacimiento literario que se vivió en el país a finales de la última década del pasado siglo; así como a convertir los talleres en una alternativa de discusión y formación que ha sido vital para muchos de los escritores que han surgido en los años recientes.

A esto hay que sumar su labor actual como director de la editorial Tipografía Nacional, en donde ha creado importantes colecciones que recuperan el acervo literario nacional desde la época prehispánica. Títulos fundamentales de nuestra historia cultural, que por años han permanecido en el olvido, han vuelto a las estanterías a precios populares y en cuidadas ediciones dignas de su rango.

En los últimos años, entre largas permanencias en Estados Unidos y vueltas a la patria, Enrique Noriega nos ha entregado también tres títulos esenciales de las letras guatemaltecas contemporáneas: *El cuerpo que se cansa* (1998), *La saga de N* (2006) y el ya mencionado *Épica del ocio* (2007). Libros que, en tiempos de figuración, alarde, ruido y espectáculo regresan a las raíces de la poesía misma y que, por decirlo de alguna manera, salen en su defensa y nos recuerdan su permanencia. Libros que recogen de diferentes tradiciones líricas, el fundamento de la palabra, la que nos dice, la que nos explica, la que se encuentra en el origen de todas las cosas, la que nos es vital para reconocer, expresar y transformar el mundo. La palabra que nos ofrece Enrique Noriega en toda su obra.

Quiero terminar con un poema de una rara belleza, que explica como ninguno la función del poeta y la poesía en los tiempos que corren.

“Imperativo de la memoria”

Lo despiden con un beso, un abrazo
e indicaciones precisas y enfáticas:
ve, busca y reclama lo que allá
contra nuestra voluntad dejamos;
que la épica de lo nuestro no se pierda.
Cielo azul intenso con palomas, exígelo;
coyotes en los cerros, enaguas en las baldosas
y un tren apagando los bostezos en la tarde,
aún cuando ya no existan, escúchalos;
y en el desamparo de cada rostro, reconócenos;
y en lo incierto de cada madrugada, invéntanos;
por nada vuelvas con la libreta vacía
(*Épica del ocio*).

Luis Aceituno

RESUMEN

En el presente trabajo se ponen en contexto la vida y obra de Enrique Noriega, poeta nacido en Guatemala en 1946; a través de su intensa obra se muestra la difícil convivencia entre la literatura y la política en dicho país durante las últimas décadas. Noriega pertenece a la conocida como Generación del Setenta y fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura 2010 otorgado por la República de Guatemala.

Palabras clave: poesía de Enrique Noriega, Generación del Setenta en Guatemala, poesía y política en Guatemala.

ABSTRACT

In this essay, the author places into context the life and work of Enrique Noriega, the Guatemalan poet born in 1946. His intense oeuvre shows the difficult coexistence of literature and politics in Guatemala throughout recent decades. Noriega belongs to what is known as the Generation of 1970. He was honored by the Republic of Guatemala with the National Literature Prize in 2010.

Key words: poetry of Enrique Noriega, Generation of 1970 in Guatemala, poetry and politics in Guatemala.